

## Capítulo III

# Del debate en las urnas al movimiento de masas

En este capítulo se pretende indagar sobre la transformación del sistema electoral en movimiento de masas. Se señala que el incremento del índice de violencia política influyó para que los diversos actores sociales asumieran una posición política en defensa de sus derechos políticos; así, con el asesinato del líder liberal, Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, los sectores populares sintieron amenazados sus derechos y decidieron protestar por los frecuentes ataques y particularmente por el asesinato de su líder en quien tenían toda la esperanza de cambio.

Las élites locales, al no poder controlar a estos grupos, afianzaron las tácticas de presión y violencia, lo que polarizó las tendencias partidistas y a la vez dinamizó las confrontaciones en veredas y localidades. La situación fue cada vez más violenta sin que el Estado asumiera una posición en defensa de aquellos que se sentían desamparados; por el contrario, la desolación en las áreas rurales creció porque los líderes locales, amparados en los funcionarios públicos, incrementaron la persecución al adversario, es decir, a campesinos y líderes liberales y comunistas, que debieron abandonar su vivienda y huir a ciertas áreas apartadas y de difícil acceso. De esta forma emergió un nuevo actor social: el de los huidos, los que paulatinamente consolidaron formas de articulación y organización para luego consolidar formas de resistencia social.

### El 9 de abril y el movimiento de masas

Ni las elecciones ni la remoción de funcionarios lograron calmar la situación de orden público, por el contrario, algunas manifestaciones dieron la sensación de que la homogeneización se debía hacer por la fuerza, mediante la utilización de tácticas de presión, coacción y hasta desaparición de los liberales, que podría asumirse como una forma de legitimación del crimen.

En 1948, aunque no hubo elecciones, sí se afianzó la disputa por el poder local, entre la «democracia-liberal» y el «totalitarismo-conservador», en realidad no eran disputas políticas producidas por discursos,

manifestaciones públicas en periodos electorales. Precisamente se hizo alusión a un tipo de violencia oficial con un plan de eliminación selectiva, además, en este tipo de delitos generalmente estaba vinculada la policía o los funcionarios públicos, por consiguiente se aducía que eran disparos de armas oficiales contra ciudadanos inermes.

### *Antecedentes inmediatos al 9 de abril*

Tanto la ola de violencia como la parcialidad de las autoridades motivaron los constantes pronunciamientos de líderes políticos ante el Senado y con oficios al Gobierno, sin que se tomaran medidas contundentes. Las denuncias fueron frecuentes sobre el abuso de las autoridades, por ejemplo en el denominado Territorio Vásquez, en límites con Cundinamarca, y en general en la región de occidente se denunciaron frecuentes hechos de sangre, de los cuales se responsabilizó al ejército y a la policía, pues eran individuos sectarios que apoyaban los disturbios. Según las denuncias, muchos de ellos habían cometido homicidios, robos, incendios, violación a mujeres (por ser liberales) y destierros. Sobre esta situación, en un informe al gobernador sobre el orden público, se señaló: «Dr. Villarreal, que hoy no puedo contarle de triunfos obtenidos» (Archivo de la Presidencia de la República, 1948, carpeta 13, folio 1) y posteriormente se describen los diversos hechos de violencia de los cuales se responsabilizó al liberalismo y a las fuerzas armadas, además se le hizo la siguiente solicitud al gobernador:

Ante situación verdaderamente alarmante, le rogamos que dentro del menor término posible nos ayude a remediar nuestras necesidades, esto sería consiguiendo el inmediato retiro del ejército y el envío de policía, casi también que el nuevo Gobernador de Boyacá nos sostenga por todos los medios posibles el actual alcalde, Teniente de la policía de Boyacá DÍAZ FIGUEROA, pues de lo contrario iremos al desastre y perderíamos sin remedio las elecciones (Archivo de la Presidencia de la República, 1948, carpeta 13, folio 1).

Para defenderse, el liberalismo organizó bandas armadas en las localidades con mayor índice de persecución, asumió que debían hacer justicia por sus propias manos, puesto que no recibía ningún tipo de apoyo de las autoridades. Por ejemplo, los habitantes de la población de Chita, después de enviar diversas notas a los entes gubernamentales denunciando los abusos y arbitrariedades sin obtener ninguna respuesta, decidieron organizar una cuadrilla -banda de malhechores- y prepararon una emboscada a un refuerzo de la policía conformada por nueve agentes. Así lo describió el periódico *El Siglo*:

Sabedores los dirigentes liberales de la llegada de la policía, prepararon una emboscada cerca de la vereda donde deberían llegar los agentes. Allí fueron atacados los policías 4 muertos y 5 heridos... Los cadáveres fueron hallados completamente destrozados; presentaban cuchilladas, puñaladas, machetazos, golpes de garrote y pedradas (3 de enero de 1948).

Al día siguiente, el periódico *El Tiempo* hizo alusión a los hechos de sangre como una constante, al igual que la persecución, los incendios y saqueos, que obligaban a muchos habitantes de la localidad a emigrar, pues allí, al parecer, no había otra ley «que la del cuchillo o revólver y donde la policía departamental considera necesario limpiarse de liberales» (1948). Se mencionaron los frecuentes ataques de la policía a la sociedad civil y los abusos de autoridad. Por ejemplo, en Maripí en enero de 1948 fueron incendiadas las casas de los liberales y ni la policía ni las autoridades se pronunciaron al respecto, en Saboyá fue muerto el líder liberal, y de otras poblaciones los comunicados no eran menos espeluznantes.

Una de las medidas del Gobierno de Ospina Pérez fue conformar una «comisión de paz» con participación de delegados de los dos partidos y del Gobierno nacional, su papel central sería recibir los reclamos sobre hechos de violencia desatados en estas regiones. Pero esto en realidad no garantizó el cese de hostilidades, teniendo en cuenta que las llamadas «bandas de malhechores» operaban más en áreas retiradas, amparadas por las montañas y la selva, donde además la presencia de la fuerza pública era casi nula. Por ejemplo, en una vereda de Saboyá denominada Cacho de Venado, ubicada en límites entre Boyacá y Santander, operaba una banda que disparaba desde las montañas a todos los vehículos que transitaban, las armas utilizadas por estos «francotiradores» eran de largo calibre (El Tiempo, 3 de febrero de 1948). Estas bandas, al parecer, estaban conformadas por liberales que huían a las cimas de las montañas o a la selva y desde allí atacaban a la policía conservadora.

Uno de los pronunciamientos del liberalismo fue a través de «La marcha del silencio», manifestación que se llevó a cabo el 7 de febrero de 1948 en Bogotá, como estrategia simbólica para denunciar las irregularidades, la persecución oficial desatada contra los habitantes de las áreas rurales y la omisión de denuncias. Gaitán organizó esta marcha en señal de protesta por el silencio de las autoridades ante las constantes comunicaciones en las que se denunciaba la ola de violencia de Boyacá y los Santanderes y la parcialidad de las autoridades.

Solamente se veía el desfile de gente portando banderas rojas y negras sin ningún tipo de pronunciamiento, iban con la cabeza descubierta y al

ritmo de marcha fúnebre de las bandas de Chocontá y de Zipaquirá. Tal vez esta fue una de las manifestaciones más sentidas y poco agitadas, que involucró la participación de delegaciones de varias regiones del país para protestar por la ola de violencia oficial (policía y resguardo). Al congregarse la marcha, Gaitán pronunció la famosa oración por la paz y le pidió al presidente «justicia y paz» y cese de la ola de violencia liberal en todo el territorio colombiano:

Señor presidente os pedimos cosa sencilla para la cual están demás los discursos. Os pedimos que cese la persecución de las autoridades y así os lo pide esta inmensa muchedumbre.... Señor presidente: esta enlutada muchedumbre, estas banderas negras, este silencio de masas, este grito de corazones os pide una cosa muy sencilla: que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y nuestros bienes, como queráis que os tratéis a vos, a vuestra madre, a vuestra hija, a vuestra esposa o a vuestros bienes (El Tiempo, 8 de febrero 8 de 1948).

Y terminando el discurso pidió a las marchas retirarse en silencio de la Plaza de Bolívar. Para las élites este hecho generó incertidumbre especialmente por la forma como las masas en forma multitudinaria seguían y obedecían a Gaitán.

Pero esto no detuvo la ola de violencia, a pesar de las buenas intenciones del presidente Ospina de nombrar guardias y de dar garantías, la situación en las localidades era contradictoria al planteamiento de Unión Nacional, la policía departamental y municipal obedecía a sus jefes políticos y actuaba en consecuencia; de esta manera, los pronunciamientos quedaban en el papel y en el recuerdo de quienes los vivieron, mientras la violencia paradójicamente se intensificaba. Al respecto la Revista Semana resaltó:

**Más muertos/** Cada vez más intensos son los hechos de violencia política que vienen registrándose. Los cuales, en vez de disminuir, de escaparse, se hacen cada semana más reguladores y cuantiosos y toman el carácter de una rutina. Los muertos y heridos políticos, que a principios del actual conciliador Gobierno se contaban por docenas, montan ya a centenares; y, lejos de localizarse en zonas habitualmente tempestuosas, se distribuyen por sitios de la nación los más lejanos entre sí (14 de febrero de 1948).

En resumen, la violencia se incrementó por la resistencia de los liberales a entregar el poder, y a medida que el conservatismo afianzaba su maquinaria, crecía la persecución; lo cual significa que antes de los hechos del 9 de abril ya se vivía en Boyacá y en otras regiones de Colombia

una fuerte ola de violencia que diariamente era denunciada en los periódicos y que se registraba en los expedientes judiciales.

### *Implicaciones del 9 de abril*

Uno de los antecedentes centrales de la gran violencia, 9 de abril de 1948, fue sin duda la celebración el 30 de marzo de la IX Conferencia Panamericana en Bogotá, con delegaciones de varios países americanos y europeos. En ella tuvo una participación muy importante el general Marshall, delegado de los Estados Unidos. El punto central estaba enfocado a buscar estrategias conjuntas para combatir el comunismo y el socialismo. La coordinación general del evento fue designada a Laureano Gómez, quien era el encargado de recibir las delegaciones y organizar las diversas actividades.

El desarrollo de la IX Conferencia Panamericana constituyó un acontecimiento internacional de gran relevancia, puesto que era un llamado a realizar el sueño de Bolívar de integrar las naciones del sur. A nivel nacional asistieron dirigentes políticos delegados de los partidos políticos, pero Gaitán fue excluido y en cambio fue convocado Darío Echandía, quien acababa de llegar de Londres y veía esta ocasión como una forma de vincularse a la vida pública.

El 9 de abril, mientras el presidente declaraba inaugurada una feria de exposición agropecuaria, en el centro de Bogotá se produjo el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, líder del liberalismo. Como resultado del asesinato de Gaitán se suscitaron levantamientos populares en varias ciudades y poblaciones del país, especialmente en Bogotá, Cali y Barrancabermeja, con los que se pretendía derrocar el Gobierno de Unión Nacional y en su lugar designar Gobiernos populares. Estos hechos fueron más trascendentales en Bogotá, donde el levantamiento estuvo acompañado de incendios, asesinatos, robos, ataques, en los que tomaron parte los sectores populares. Este movimiento de masas se desarrolló entre la ira, la venganza y la incertidumbre, y paulatinamente se transformó en rebeldía contra el Gobierno de Mariano Ospina Pérez.

Apenas se supo de la muerte de Gaitán, muchos seguidores del líder liberal se lanzaron a la calle, tal vez motivados por la furia y la desolación, para tratar de vengar la muerte de su líder; pero, además habían recibido indicaciones de revuelta a través de la Radiodifusora Nacional de Colombia, que convocó a toda la población en torno a un movimiento que llevaría a que las masas se tomaran el poder. Mientras el presidente Ospina intentaba controlar la información que se transmitía por las emisoras, el secretario general, Rafael Azula Barrera, se ponía en contacto con el gobernador

de Boyacá, Chepe Villarreal, con el fin de pedir refuerzos para controlar el orden público en el centro de Bogotá.

En Tunja la manifestación fue muy pequeña, se trataba de un grupo coordinado por Enrique Pinzón Saavedra. Se dice que en esta manifestación murieron dos individuos en la plaza principal, uno de ellos era Eduardo Rodríguez Padilla; pero carecemos de más datos al respecto.

A nivel nacional y departamental este movimiento de masas generó gran desconcierto en el ámbito gubernamental y temor por la acción de los rebeldes, puesto que crecía y se extendía la furia, además porque algunas instituciones del Estado habían caído bajo el control de los manifestantes, e incluso un grupo de policías se unió al movimiento «revolucionario»; es decir, asumió una posición de resistencia frente al Gobierno. Por ejemplo, en el área de la «Perseverancia» (Bogotá) se entregaron armas a los agitadores y se animó la revuelta. El Ejército, por su parte, era la fuerza más neutral ante las acciones tanto del Gobierno como de los rebeldes. En síntesis, en unas pocas horas el Gobierno estuvo a punto de derrumbarse, los amotinados hablaban de un presidente en su representación y se retomaba el sentido discursivo de «contra las oligarquías», como una metáfora que animaba su intervención.

Para acallar los levantamientos se buscaron, en primer lugar, estrategias para evitar que la radio siguiera siendo un foco de convocatoria, habla Azula «le pedía al presidente autorización para llamar a Tunja, de donde podrían venir auxilios sobre la capital» (Azula, 1956, p. 353). En una conversación entre Villarreal y Azula Barrera se mencionaba que se requería fuerza física, por consiguiente era necesario convocar gente armada de las poblaciones conservadoras de Boyacá para combatir a las masas amotinadas. Se emitieron comunicaciones a varias poblaciones de Boyacá para solicitar al cura y al alcalde el envío de tropas armadas. La organización de estas tropas estuvo a cargo del coronel Carlos Bejarano, quien se desempeñaba como comandante de la Primera Brigada.

El gobernador Villarreal dio la orden de que se presentaran los soatenses, los uvitanos y demás personajes del norte de Boyacá, a quienes los trasladó de Tunja a Bogotá esa misma noche y los uniformó en el Ministerio de Guerra. La convocatoria de estas fuerzas de apoyo para combatir la subversión, deja en claro que existía una organización miliciana que secundaría la causa con fundamento en la lealtad, pues de lo contrario ¿cómo se controlaría la proyección revolucionaria que levantó a los sectores populares? Por otra parte, al referirse a los soatenses y uvitanos específicamente, daba la sensación de grandes ejércitos preparados para el combate, pero que no pertenecían a las fuerzas del Estado, eran organismos independientes de carácter miliciano.

Y mientras los líderes políticos intentaban llegar a acuerdos con el Gobierno, en Bogotá las masas se tomaban los edificios públicos en señal de protesta, a la vez que invitaban a los demás habitantes a hacer parte de un movimiento revolucionario que pretendía sustraerle el poder a las «oligarquías tradicionales». Los amotinados -llamados por el Gobierno la «turba liberal»- incendiaron la sede del diario *El Siglo* y la casa de Laureano Gómez, ubicada en Torcoroma cerca de Fontibón; otro grupo se había desplegado a los almacenes, ferreterías y joyerías que se habían convertido en el centro de interés para el saqueo de mercancías. Este movimiento de masas transformó su proyecto político en una acción social, pues no solamente se actuaba contra el conservatismo o contra el Gobierno, sino contra la élite económica, por eso algunos autores han considerado que este fue un primer intento de expresión de la lucha de clases.

De este momento se derivan dos acciones conjuntas, la consolidación de un grupo miliciano seguidor de Gaitán, que no solamente se unió para protestar y vengar la muerte del candidato y destruir todos los símbolos de poder, sino para promover un movimiento de masas con proyección revolucionaria. Y como respuesta a estos levantamientos se fortaleció una fuerza estatal bélica y fuerte que fue la policía chulavita<sup>5</sup>, que operó en gran parte del territorio nacional, especialmente en Bogotá, Boyacá y los Santanderes.

En otras localidades del país también se presentaron disturbios, a los pocos minutos de la muerte de Gaitán, en poblaciones del Valle del Cauca como Trujillo, Buga, Zarzal, se nombraron Gobiernos populares y se solicitó la entrega de uniformes y armamentos, mientras que los conservadores conformaron la «guardia cívica» para defender a la población. En Cali, el movimiento revolucionario se levantó y los amotinados arremetieron contra las ferreterías y estancos (Atehortúa, 1995, p. 148), contra las

<sup>5</sup> La denominación de chulavita proviene de una hacienda ubicada en el municipio de Boavita, perteneciente en 1900 al coronel Santos Figueroa, quien militó con el general Próspero Pinzón en la guerra de los Mil Días, y fue precisamente durante esta época que se construyó el imaginario bélico de los chulavitas, según una versión esta obedeció al desarrollo de "Un combate cerca de Soatá, [en el cual] hirieron al coronel Figueroa y no pudo continuar hacia la batalla de Palonegro, se desvió y como estaba cerquita de Chulavita se desvió de rumbo, cruzó el Chicamocha, subió las laderas hacia la hacienda de él; entonces los liberales se dieron cuenta de que el coronel Figueroa iba hacia la hacienda de ellos y lo persiguieron, [ya estaba herido y solamente lo acompañaban 15] soldados conservadores, mientras los liberales eran 500 un batallón; y al ascender la cordillera el coronel Figueroa les dio la orden a los 15 soldados que hicieran frente al batallón liberal, hicieron frente los 15 contra 500 y se les agotó las municiones, quedaron inhabilitados [los conservadores], entonces ahí viene el valor y el coronel rápido se nos agotaron las municiones mi coronel, entonces el coronel rápido dijo aprovechando las circunstancias del terreno los liberales que estaban abajo y ellos ascendían entonces dijo ataquemos con piedra, cojan unas piedras grandes y bótenlas a rodar, y las echaron a rodar entonces imagínense un alud de piedra de esa, derrotaba al batallón de 500 y siguieron atacando así y los derrotaron y ellos pudieron ascender a su casa y ahí dependió el nombre de los "chulavitas" y del valor de los chulavitas" (L. Osorio, entrevista, 28 de junio de 2000).

instalaciones del diario *El Pacífico* y *La Voz del Valle*, además se tomaron la estación central del ferrocarril y la Gobernación del Valle. Allí, el jefe de la Tercera Brigada, Gustavo Rojas Pinilla, para mediar en los disturbios incorporó a 450 reclutas caldenses y ordenó que les dieran fusiles, sin ninguna inducción militar (la orden era disparar en el abdomen para no perder tiro), estos reclutas iniciaron una acción bélica en contra de los rebeldes. Pero esto no fue suficiente, puesto que en la noche del 9 de abril se entregó armamento a civiles, que conformaron un ejército particular o policía cívica, entre ellos estaba el negro Ananías Marulanda, conocido como uno de los famosos pájaros<sup>6</sup> que operaron en el Valle y en el área del viejo Caldas.

La consolidación de la policía cívica en Trujillo (población del Valle del Cauca) fue el fortín principal de la organización de los «pájaros», bajo la orientación del alcalde José Ríos. A pesar de la amonestación y posterior destitución de su cargo, hecha por Francisco Eladio Ramírez (gobernador), ya era demasiado tarde, puesto que la policía cívica operaba en otras poblaciones. En Trujillo la primera actuación fue el asesinato del líder liberal Luis Arenas, posteriormente la ola de violencia se extendió al centro y norte del Valle, los protagonistas centrales eran los integrantes de la policía cívica, quienes querían vengar los sucesos del 9 de abril.

De estos hechos surgió el apoyo incondicional que ofreció León María Lozano (Galvis & Donadio, 1988, p. 213) a la acción «pacificadora» emprendida por Rojas el 10 de abril de 1948. Él acompañó a Rojas junto con su grupo miliciano a retomar el edificio de la Gobernación, a partir de allí tanto en Cali como en las poblaciones circundantes empezaron a hablar de hechos de violencia como masacres, incendios, persecuciones, destierros, causados por los famosos «pájaros» (asesino veloz).

Otra manifestación de las formas de coacción fue el fenómeno de la resistencia que se organizó en el Piedemonte llanero, como consecuencia de la persecución de liberales y de la ubicación de estos en el norte de Boyacá principalmente, quienes se dirigían al área de Los Llanos y allí se transformarían en las famosas guerrillas liberales. Uno de los primeros hechos al respecto se vivenció en Puerto López. Allí, al escuchar la noticia del asesinato de Gaitán, un grupo de pobladores se concentró en torno al líder Eliseo Velásquez y posteriormente recibió una inducción de Alberto Chávez, quien, aunque señaló no poder participar en la organización,

<sup>6</sup> El pájaro fue catalogado como asesino político que ejecutaba una forma de desaparición selectiva, lo cual caracterizó la violencia de los años 50, esta banda se ocupó fundamentalmente de presionar mediante las acciones armadas, el cambio de filiación política en beneficio del partido conservador, configurándose así una especie de revancha conservadora, que incidió en las propiedades de los liberales, en el manejo y control del electorado campesino y en el afianzamiento del poder por parte del conservatismo.



motivó a los ciudadanos para agruparse y consolidar un movimiento armado con respaldo popular. En forma similar se organizaron grupos en otras localidades, estas bandas esperaban las orientaciones revolucionarias de la dirección liberal que inicialmente era la inspiración de su lucha. A este tipo de grupos que se organizaron a partir del nueve de abril se les dio la denominación de «chusma liberal» o «bandoleros del llano».

Aunque cumplían un papel de autodefensa frente a los ataques liberales, paulatinamente se fueron transformando en grupos de choque que atacaban para obtener armamento y para sostenerse; posteriormente su papel de resistencia se transformó en un proyecto político desde donde se planeó una propuesta de revolución social.

El incremento de la ola de violencia con posterioridad al asesinato de Gaitán se convirtió en uno de los problemas centrales del Gobierno, hasta tal punto que para solucionarlo no era suficiente ni el aumento del pie de fuerza ni la declaración del estado de sitio, por el contrario, las denuncias sobre hechos de violencia eran constantes, especialmente en el área rural. De estos hechos se responsabilizó al gobernador de Boyacá, a los funcionarios y a la fuerza pública, se presentaron acusaciones ante el Ministerio de Gobierno provenientes de Ramiriquí, Soatá, Turmequé (El Pueblo, 11 de junio de 1948). Mientras la población solicitaba disminuir la autoridad militar, el Gobierno asumía lo militar como fundamento jurídico para ajusticiar, puesto que este organismo era el encargado de la convocatoria de los consejos de guerra verbales, de acuerdo con lo establecido en el Código Militar y para dar respuesta a los inconformismos que se pudieran generar. A las denuncias se respondió nombrando investigadores militares especiales encargados de examinar la situación de orden público, la acción de los funcionarios y el cumplimiento de la ley militar.

Un hecho importante fue la declaración del Directorio Departamental Conservador en torno al comunismo, a partir de esta publicación se justificó el repudio y la persecución al comunismo por considerar que este grupo había sido el artífice de los hechos de violencia del 9 de abril. Al respecto, el Directorio Conservador de Boyacá hizo un pronunciamiento:

Lucha contra el comunismo. Ordena el Directorio Departamental Conservador.

El Directorio Conservador de Boyacá considerando:

Que el Gobierno colombiano rompió relaciones con el Gobierno totalitario y comunista de la Rusia Soviética.

Que las medidas preparadas por la embajada Rusa en nuestra patria con apoyo del liberalismo del país, los vándalos y horribles delitos

perpetrados en Bogotá y en otras ciudades y poblaciones durante los días 9, 10, 11, 12 del pasado mes de abril.

Resuelve:

1. Expresar en nombre del conservatismo del departamento su esencial satisfacción por la ruptura de relaciones diplomáticas de Colombia con la Rusia comunista.
2. Enviar al Gobierno nacional su emocionada felicitación por la determinación que seguramente redundará en el progreso de la patria y del pueblo colombiano.
3. Establecer como estrategia de lucha para el conservatismo de Boyacá una permanente campaña contra el comunismo y contra toda agrupación izquierdista aliada a tan indeseables enemigos (El Demócrata, 21 de mayo de 1948).

Esta resolución se convirtió en una manifestación de guerra al liberalismo, al comunismo y demás grupos disidentes.

Con respecto a los hechos del 9 de abril también se planteó el consolidar un «Frente Nacional Anticomunista», como estrategia para evitar cualquier tipo de levantamiento o de protesta y combatirlo con las armas si era necesario; esta decisión fue tomada por la Convención Nacional Conservadora, efectuada en el mes de septiembre de 1948, a la cual asistieron tanto la juventud como la tendencia tradicional.

Los sucesos del 9 de abril también sirvieron de excusa para incrementar la persecución contra la Central de Trabajadores de Colombia por considerarla responsable de los disturbios, así se afianzaron los ataques contra el Partido Liberal y contra la CTC. La huelga petrolera, desatada en mayo de 1948, se asoció con la violencia política y finalmente el Gobierno decretó la disolución de la CTC; mientras tanto se fortalecía la Unión de Trabajadores de Colombia y en su dirección se nombraron personajes de orientación conservadora, para garantizar el afianzamiento del régimen, así, para las elecciones presidenciales de 1949 la UTC ofreció apoyo total a la candidatura de Laureano Gómez (Pecaut, 1985, p. 224). De esta manera, la orientación del sindicalismo colombiano se transformó en concordancia con los intereses del Gobierno y no de los trabajadores.

Después del asesinato de Gaitán, los hechos de violencia se llevaron hasta la vida cotidiana entre liberales y conservadores, la situación fue muy tensa por lo que algunas ciudades se dividieron geográficamente (áreas para liberales y para conservadores) hasta para enterrar a sus muertos, y en otras se establecieron cafés y bares para conservadores y para liberales a los que el adversario no tenía acceso.

El conservatismo intensificó la campaña de homogeneización política; a través de los periódicos nacionales y regionales se publicaron adhesiones al conservatismo y renuncias al liberalismo y al comunismo, al respecto se cita un caso:

Liberales sensatos continúan adhiriéndose al partido conservador... Al directorio conservador han llegado varios documentos en los que varios personajes liberales «han resuelto abandonar las filas izquierdistas y adhiriéndose bajo la gravedad de juramento al partido conservador»... Algunos de ellos justifican el engaño en que se encontraban militando como liberales, los horrendos crímenes del 9 de abril y la defensa de la religión católica, de la patria y de sus hogares (El Demócrata, 4 de junio de 1948).

Estas situaciones hicieron que muchos liberales decidieran renunciar a su credo político para salvar su vida y la de su familia, y quienes no se convertían debían huir. Los liberales que aceptaron convertirse al conservatismo, en sus prácticas debían ser más beligerantes que sus antiguos contrincantes, puesto que deberían demostrar lealtad a los copartidarios con el credo político, para lo cual deberían asesinar y coaccionar a sus amigos, familiares y vecinos, esta era una de las pruebas de fidelidad al partido.

Las denuncias sobre hechos de violencia eran cada vez más aterradoras, no solamente eran asesinatos, sino robos, saqueos, incendios y exigencia de dinero como conmutación por su libertad. En varias localidades de filiación liberal como Sutamarchán, Saboyá, Chiquinquirá, Chita, Chiquinquirá, Ráquira, Socotá, Turmequé (El Pueblo, 11 de junio de 1948) y otras, los liberales fueron conducidos a la alcaldía para protestar por las ideas liberales bajo juramento y en presencia de un crucifijo o de la Biblia eran obligados a renunciar a sus ideas políticas, pues si no lo hacían eran perseguidos y obligados a abandonar sus propiedades. En poblaciones de filiación liberal como Monguí y Socotá se denunciaban también atentados en contra del conservatismo, al respecto señalaban: «son numerosos los asesinatos, robos, saqueos y persecución implacable; incendios se han registrado algunos hechos en Monguí, Socotá» (El Demócrata, 4 de junio de 1948). Con esto podemos apreciar que la ola de violencia en este periodo fue de tipo estructural, si bien lo político tenía un peso muy fuerte, no todos los hechos de violencia se derivaban de la rivalidad partidista, pero eran presentados como parte de la confrontación.

La situación de orden público era cada vez más delicada, especialmente en las poblaciones del norte de Boyacá y en los Llanos Orientales, donde

se generaron grupos de resistencia para contrarrestar los ataques de la fuerza pública. Por ejemplo, a la Secretaría de la Presidencia de la República llegaron informes de varias zonas en las que se había conformado un movimiento subversivo con varias sedes. Los movimientos más fuertes se desataron en el área del Tolima y Casanare principalmente.

Por su parte, la Iglesia inició una intensa campaña en contra del liberalismo, del comunismo y del socialismo marxista, condenó a los seguidores que defendían las libertades por considerarlos masones, además reprobó la lucha de clases; por eso quienes se consideraran defensores de estos principios, según la Iglesia, no podrían ser admitidos ni como padrinos de bautizo ni de confirmación, «tampoco se les podrá hacer sepultura eclesiástica a los comunistas pertenecientes a los grupos mencionados» (Boletín Diocesano, julio-agosto de 1948) y para contraer matrimonio debían tener una autorización previa del sacerdote. Sustentaban estas medidas en los daños que podrían ocasionar estas ideologías a la Iglesia y a la religión, aducían que si la política dañaba a la religión, la Iglesia debía acudir también a la política para defenderse, aun protestando contra las autoridades que violaban los derechos; precisamente una de las medidas fue tomar posición frente a los partidos hostiles a la Iglesia e ilustrar la mente de los fieles en materia política.

Este tipo de comunicados motivaron a los sacerdotes en algunas localidades a protagonizar persecuciones, intimidaciones y a patrocinar la ola de violencia, como se denunció en las poblaciones de Cóbbita y Tuta, donde el párroco se disfrazaba de policía y salía a las veredas a asaltar y matar liberales, según las publicaciones del periódico *El Pueblo*. El sacerdote sabía perfectamente quiénes eran liberales, dónde vivían y qué tipo de actividades realizaban, aunque no fue una acción general, sí hubo sacerdotes que tomaron partido en el conflicto.

Por otra parte, y con posterioridad a la ola de violencia, la Iglesia asumió nuevamente el control de la educación haciendo énfasis en que la democracia era el Gobierno de las mayorías, argumentado que si la democracia no se orientaba de acuerdo con los principios confesionales católicos no había democracia en Colombia; desde allí se desarrolló una intensa campaña del Episcopado en materia de educación y religión. Una de las primeras actividades fue retomar como texto básico para la enseñanza religiosa el *Catecismo de la Doctrina Cristiana* por el padre Gaspar Astete SJ, adicionado y reformado por la Conferencia Episcopal Colombiana de 1936, para la enseñanza primaria (Arquidiócesis de Tunja, 6 de abril de 1949). Además debían diseñarse políticas que permitieran supervisar y controlar el tipo de educación que se estaba impartiendo y el impacto que esto tenía en la formación de los niños. Así se fue

transformando el proyecto liberal de república, la educación ya no era laica para crear un ciudadano autónomo y se retoma la formación cristiana como pilar de la formación del sujeto político.

Con el asesinato de Gaitán también se rompió la noción de acceder al poder por la vía electoral, el liberalismo vio truncada la posibilidad de conseguir el poder; inicialmente la élite política sufrió un desequilibrio organizacional, que fue sentido por todos los seguidores, especialmente por las masas; sin embargo, en el mes de junio en Boyacá se nombró como jefe del liberalismo y candidato presidencial a Darío Echandía, con la perspectiva de mantener un partido «popular y democrático». Mientras el conservatismo de la región de occidente de Boyacá solicitó el establecimiento de un Gobierno «genuinamente conservador», según ellos, para garantizar el orden público y evitar el fraude y la violencia liberal.

Muchas de las constantes denuncias presentadas por el Directorio Liberal al Gobierno en términos de orden público responsabilizaban a los funcionarios públicos<sup>7</sup>. La indiferencia del Gobierno ante esta situación y la presión del Directorio Conservador por consolidar un Gobierno homogéneo motivaron a los liberales que hacían parte del gabinete ministerial a renunciar a sus cargos, generando así una nueva crisis ministerial y gubernamental (El Tiempo, 14 de agosto de 1948; Revista Semana, 21 de agosto de 1948).

En Boyacá se responsabilizó a la policía chulavita de la mayoría de delitos; hay que destacar que desde el 9 de abril esta se convirtió en un mito, tristemente célebre por su beligerancia y coacción a la sociedad civil. Pierre Gilhodes hace alusión a la intensificación de la violencia oficial experimentada a partir de 1948, con énfasis en el papel que cumplió la policía, resalta que esta fuerza fue utilizada especialmente para reconquistar el poder en los procesos electorales (Gilhodes, 1985, p.194). Al respecto Daniel Pecaut (1985, p. 138) sostiene que la policía se convirtió en un instrumento del conservatismo para coaccionar al electorado, después de haber sido el principal mecanismo de control liberal; según él, ni el ejército ni la policía estaban en condiciones de constituir bases

---

<sup>7</sup> "En algunos municipios como Coper, Buenavista, Maripí y otros municipios aledaños se manifiesta que existe allí una ola de violencia contra copartidarios conservadores principalmente contra campesinos residentes en campos y veredas. A pesar de la preocupación del gobernador por controlar estos enfrentamientos partidistas, la ola de violencia ha continuado debido a que los funcionarios encargados de implantar el orden carecen de nociones de lealtad hacia el Coronel Bejarano... En las poblaciones antes enunciadas el ejército está a cargo para mantener el orden... En cuanto al desarme se solicita que esta actividad se realice equitativamente tanto para liberales como para conservadores... Se han efectuado robos en el momento de realizar las requisas es el caso de Eustaquia de Espejo a quien después de la requisita le sustrajeron \$100 y una ruana, ella expuso el caso ante el teniente Chaparro". "Tremenda persecución sufre el conservatismo en el occidente de Boyacá" (El Demócrata, 17 de septiembre de 1948).

para el fortalecimiento del Estado, por lo tanto este se convirtió en un ente maleable a los intereses de partido.

Tomando los planteamientos de Pecaute podemos ver que la policía chulavita, en representación del Gobierno (conservador), se desplazó a las áreas rurales a intimidar y perseguir, además el día de las elecciones se ubicó en la entrada a los sitios de votación para evitar el acceso de liberales y comunistas a las urnas. Después de los hechos del 9 de abril, este organismo tomó más fuerza, hasta tal punto que estableció su propia forma de orden independiente de la del Gobierno; en algunas localidades no se permitía el tránsito de ninguna persona después de las 5 de la tarde, además de recorrer las calles, amenazaban a la población y en ocasiones controlaban el ingreso de la población a los establecimientos públicos (El Tiempo, 9 de marzo de 1943).

Cuando se habla de Chulavita, vereda del municipio de Boavita, se tiene la sensación de que allí había un gran ejército del cual se enviaban refuerzos o que era una localidad con un índice de población muy alto, pero, como ya se dijo, lo que se construyó fue un imaginario del personaje bélico capaz de defender los principios políticos utilizando diversas estrategias, hasta sacrificar su propia vida para defender el partido. La población de Boavita, según el censo de 1938, era de 9994 habitantes, de los cuales 4822 eran varones, aunque no tenemos el dato exacto de los habitantes de Chulavita, podríamos calcular un 10 %, equivalente a 482 habitantes, aproximadamente, y en la hacienda laboraban aproximadamente 80 personas. Adicionalmente se ha señalado que el 9 de abril de la vereda Chulavita solamente salieron tres personas a conformar la «policía chulavita» que hizo frente al movimiento.

Además de la fuerza militar de refuerzo que se organizó para controlar los hechos de Bogotá, el 9 de abril en varias localidades los alcaldes organizaron un tipo de guardia privada-cívica que actuó como autodefensa y en ocasiones como bandas organizadas. Este organismo no necesariamente era un ente oficial, en muchas localidades se conformaron bandas para contrarrestar a los «bandoleros», coordinadas por los líderes locales, quienes deberían contactar un jefe militar o capitán de vereda y recibir instrucción militar, este personaje tenía un censo con el número de reservistas, clase y número de armas<sup>8</sup>.

En [algunas] localidades se conformaron ejércitos con los reservistas y con la población civil en general, nos referimos básicamente a Saboyá, allí «el alcalde a la gente que llegaba de los campos los

<sup>8</sup> Oficio enviado por Antonio Correa Prada, alcalde del municipio de Togui, al secretario de Gobierno (3 de enero de 1953).

formaba ahí y él haciéndoles milicia atención... y enseñándoles... eso se hablaba que la revolución se había iniciado con la muerte de Gaitán, que en Colombia se había desatado la guerra, era la guerra y hablaban era de guerra y el alcalde les decía cómo debían formarse, cómo debían organizarse y cómo debían disparar (N. Vargas, entrevista, 8 de julio de 2003).

En las poblaciones además operaba la policía municipal y los cabos o comisarios o policía de vereda:

Estos agentes están encargados de velar por el orden moral en la vereda, conservar en buen estado los caminos seccionales, dar cuenta a la Alcaldía de toda irregularidad que noten en la vereda y de hacer conducir a este despacho una ocupación lícita, así como de ejecutar todas las órdenes que imparta la alcaldía, el Juzgado Municipal y demás autoridades (Archivo Regional de Boyacá, 1953, caja 1, carpeta 3, folio 32).

El nueve de abril de 1948, conocido como «El Bogotazo», no fue solamente el asesinato del candidato liberal, significó además el levantamiento de las masas en contra del Gobierno en señal de protesta, el afianzamiento de la noción revolucionaria y una crisis gubernamental. Para el Gobierno y el conservatismo significó la necesidad de establecer un régimen totalitario caracterizado por una guardia beligerante, la consolidación de una guardia cívica leal a sus principios y la proyección de homogeneizar el poder. Todo esto contribuyó a incrementar el índice de violencia, persecución y destierro, y motivó a los perseguidos a organizarse como grupos de resistencia para defenderse de los ataques de la policía chulavita.

Además del asesinato se incorporó la tortura como estrategia de terror, que consistía en quitar una de las partes del cuerpo y exhibirla en señal de burla y de triunfo. Por ejemplo, el corte franela, que significaba quitar la cabeza y exhibir a la víctima; el corte tabaco, castrarlo; sacarle los ojos, mutilar los órganos genitales, sacar los intestinos y en general descuartizar. En Boyacá un sargento de apellido Naranjo disfrutaba coleccionando orejas de los asesinados liberales, para obtener un ascenso en las fuerzas militares, de allí nació el mito del capitán orejas.

En esta dinámica se dio inicio a la campaña para los comicios electorales de 1949 para corporaciones públicas, los cuales se caracterizaron por una fuerte persecución y violencia en todo el departamento.

## A las urnas y con las armas, las elecciones del 5 de junio de 1949

A inicios de 1949 la situación política departamental era bastante delicada, por una parte la renuncia de los secretarios liberales, la crisis de los partidos y la ola de violencia que se había afianzado en varias poblaciones. En términos de la crisis gubernamental se planteó el nombramiento de secretarios de filiación conservadora, en reemplazo de los liberales que habían renunciado, de esta manera se constituiría un gabinete homogéneo conservador en Boyacá. En cuanto al orden público que aquejaba a la mayoría de poblaciones boyacenses y dadas las circunstancias de los últimos sucesos de sangre ocurridos en la provincia de Occidente, se decidió nombrar alcaldes militares en aquellos municipios en que se declaró alterado el orden público.

Con esta dinámica se iniciaron las campañas electorales para corporaciones públicas, que debían efectuarse en junio, para elegir senadores, diputados, concejales y representantes. El liberalismo inició sus actividades señalando una consigna de tolerancia y moderación, mientras que el conservatismo desarrolló fiestas en las localidades: bailes, veladas y becerradas, que además tenían la finalidad de recaudar fondos para el partido.

Una de las estrategias de los directorios fue la visita a los fortines partidistas, como fue el caso del comunismo en Viotá, del liberalismo en los barrios populares de Bogotá y la proyección del conservatismo de consolidar una gran manifestación en conmemoración a los hechos del 9 de abril. Al respecto puede verse la perspectiva populista de los partidos en torno a la captura de la opinión pública, además el conservatismo desarrolló su acción propagandística a través de todos los medios de comunicación: telegráfica, cablegráfica y postal para ponerse en contacto con los directorios seccionales y municipales, y desde allí se estructuraron los mecanismos persuasivos y las estrategias represivas que acompañaron este proceso.

La campaña electoral se dinamizó con manifestaciones, debates, remoción de funcionarios públicos, entre ellos el gobernador de Boyacá Carlos Bejarano, a quien se responsabilizó de muchos hechos de violencia que vivía la población boyacense; tanto liberales como conservadores pedían que se otorgara la gobernación a un civil, con el fin de garantizar el desarrollo de las elecciones. El liberalismo, por su parte, se dedicó a visitar sus fortines electorales, occidente y oriente de Boyacá, resaltó las concentraciones desarrolladas en Chiquinquirá y en Miraflores, de las cuales se menciona la unión del liberalismo, el desfile con banderas rojas y el fervor de la población (El Tiempo, 9 de febrero de 1949). El



conservatismo igualmente hacía referencia a las manifestaciones desarrolladas en poblaciones como Duitama, en el desfile se portaron banderas azules y se pronunciaron sentidos discursos en la plaza principal, con participación de líderes nacionales y departamentales.

Como parte de la memoria visual y de las acciones propagandísticas, que dinamizaron la preparación de la «batalla electoral», los grupos políticos diseñaron un tipo de afiche relacionado con los fenómenos de violencia, así el conservatismo se inspiró básicamente en los hechos del 9 de abril, por ejemplo, un afiche conservador, a varias tintas, muestra un templo en llamas y algunos sublevados con machetes, con dos leyendas: «Acordaos del 9 de abril» y «Traición a la patria». El liberalismo retomó la imagen de Gaitán y lo acompañó de textos como «cuando la reacción asesinó a Gaitán para destruir la democracia» (Revista Semana, 4 de junio de 1949).

Las actividades propagandísticas promovidas por los dirigentes y líderes políticos en su mayoría terminaban en riñas partidistas, que involucraban a los asistentes en las manifestaciones como agresores o como agredidos, con un componente central que era el apoyo o la persecución de los funcionarios de la policía y de la guardia. Por eso se decía que para lograr la pacificación de Boyacá convenía neutralizar la fuerza pública, puesto que este organismo debería garantizar los derechos individuales, pero con frecuencia se le responsabilizaba de ser la promotora de los desórdenes, «se afirma que en poblaciones pequeñas ellos [los miembros de la fuerza pública] suelen ponerse a las órdenes de los caciques políticos antes que al servicio del Gobierno y para cumplir las órdenes de este» (El Tiempo, 30 de marzo de 1949).

Durante esta campaña, el conservatismo intensificó la cedulación de sus copartidarios, la revalidación y cancelación de cédulas, alegando fraude en la elaboración del censo e irregularidades en la expedición del documento. Según las denuncias del liberalismo, se habían desaparecido varios talonarios de los archivos del Jurado Electoral de Tunja y en localidades como Paipa y Maripí se estaba cedulando a los menores de edad, práctica que no era desconocida ni por liberales ni por conservadores, por ejemplo a un registrador se le otorgó la cédula cuando tenía solamente 17 años (Rojas, 1992).

La ola de violencia se intensificó durante el desarrollo de la campaña electoral, se responsabilizó a la policía de ser la causante de la persecución a liberales, en el Territorio Vásquez la policía hostigaba a los civiles, en Saboyá operaba una banda de malhechores que además de intimidar violaba a las mujeres en presencia de sus esposos y padres. En Garagoa se denunciaban abusos de autoridad como el encarcelamiento a liberales

por defender su ideología política: «La situación de violencia en Boyacá está llegando a su máxima expresión. La ciudadanía clama por la suspensión de la policía y por la humanización de la lucha política» (*El Tiempo*, 2 de marzo de 1949). En Chiquinquirá se produjo un asalto a la Hacienda Santo Domingo por una cuadrilla disfrazada de soldados, de los cuales quedó un saldo de cuatro muertos y seis heridos. «Esta banda estaba armada de fusiles y machetes [y hacían parte de esta] Pedro Alejandro Cortés, jefe liberal de Saboyá, José Domingo Sánchez, empleado del juzgado segundo en lo penal» (*El Siglo*, 12 de marzo de 1949).

En Tunja un grupo de liberales fue agredido después de una manifestación política, aunque el evento se desarrolló en un recinto cerrado, una vez finalizada la cesión, un grupo de conservadores agredió a los asistentes con puños y puntapiés, sin que las autoridades tomaran medidas, finalmente se hizo presente el comandante de la Primera Brigada y controló la situación de orden público.

La situación era cada vez más tensa, de varias localidades se denunciaban robos, asesinatos, incendios y pillaje en general. Estos atentados en algunas ocasiones eran generados por agentes del Gobierno y en otras por los civiles organizados -guerrillas-. En abril, en Chita hubo una confrontación en la cual resultaron muertos dos liberales y dos conservadores, la persecución entre estos bandos implicó amenazas, saqueos, robos, incendios, pillaje, denunciados tanto por liberales como por conservadores. Posteriormente, los liberales se dirigieron a una vereda, se organizaron como banda armada y atacaron una vereda de filiación conservadora. Para controlar estos disturbios se hizo presente el ejército, se produjeron varios enfrentamientos de civiles con el ejército buscando desalojar la zona. De esta confrontación *El Tiempo* (17 de abril de 1949) informa un saldo aproximado de 20 a 30 víctimas y *El Siglo* en el titular de prensa señalaba: «Masacrado el conservatismo de Chita, 40 campesinos son asesinados por los forajidos liberales» (14 de abril de 1949).

Otros hechos de violencia se presentaron en el mes de marzo en Garagoa, donde fue asesinado un obrero por una bala oficial; por esta misma época en Leiva se produjo el asesinato de un liberal después de una manifestación del conservatismo. En Pauna, el 24 de abril fueron incendiadas cinco casas y asesinadas cinco personas, además hubo varios heridos por una banda armada que operaba en la zona. En Ramiriquí fue asaltada la finca Buenos Aires, de la banda asaltante hacían parte agentes de la policía; allí los ataques y la intimidación continuaron hasta que el 1 de junio el liberalismo fue obligado a abandonar la zona en cuestión de horas, después de soportar abaleos, apedreos, flagelaciones en la plaza pública, bombas de dinamita, encarcelamientos injustos, entre otros.

En Socotá, los funcionarios de carreteras consolidaron una banda y se dedicaron a perseguir y asediar al liberalismo, este grupo con frecuencia recorría las calles, gritando abajos al liberalismo, lanzando bombas de dinamita y disparando armas de fuego.

Maripí se convirtió en uno de los municipios de mayor persecución al liberalismo, se habla del asesinato de más de noventa liberales y más de 62 casas destruidas. En Tota algunos agentes de policía apedrearon las casas de los liberales, recorrieron las veredas varias veces, atemorizaron a la población y notificaron a los electores de filiación liberal que por ningún motivo podían concurrir a las elecciones. La situación era tan delicada que para inscribir listas liberales en esta población se debió acudir a la protección del ejército.

Otras denuncias presentadas por *El Tiempo* hacían alusión a la persecución de liberales en varias localidades, así:

-Ventaquemada: un grupo de conservadores encabezado por 4 miembros del resguardo de rentas abaleó la estación del ferrocarril y varias casas de elementos liberales. -En Betétiva, expolicía apoyado por los actuales abaleó casas de liberales e hizo estallar una bomba en una de ellas. -En Firavitoba, el alcalde municipal con un grupo de policías atacó otro grupo reducido de liberales. En Panqueva fueron asesinados dos liberales y otros heridos. -En Saboyá asesinaron 3 personas después de apedrear sus casas. -En Socha dinamitaron 2 casas. -En Ramiriquí colocaron una bomba en la casa del gamonal liberal. - En Sativanorte: el alcalde municipal encabezando una furiosa turba de conservadores atacó las casas de los elementos liberales (El Tiempo, 31 de mayo de 1949).

Desde el 1 de junio en otras poblaciones también se produjeron fuertes persecuciones al liberalismo, como ocurrió en Chiquinquirá, San José de Pare, Santa Rosa de Viterbo, Tasco, Zetaquirá, Togui, Campohermoso, Tunja, en esta última población se habla de varios grupos de manifestantes que recorrieron calles y veredas intimidando a los liberales, además visitaron cafés, hoteles, peluquerías, en todas partes los liberales podían ser hostigados y maltratados con manopla o puntapiés (El Tiempo, 2 de junio de 1949). En Muzo operaba una banda de malhechores que al parecer era encabezada por la guardia municipal, esta recorría las veredas, apedreaba e incendiaba las casas de los liberales, además asesinó a varios de ellos; posteriormente se inició una balacera contra los liberales del centro de la población, les dispararon, les robaron sus propiedades y los presionaron a abandonar el lugar. Esta balacera continuó hasta el día de las elecciones incluyendo el asalto que se produjo a las minas de Muzo el día 4 de junio.

La polarización de los bandos políticos llegó hasta la delimitación física de territorios y cafés, en las diversas localidades se adoptó esta medida que podría ser el reflejo de la expresión de la «guerra fría» en los contextos locales. En Chiquinquirá, por ejemplo, existía zona de liberales y zona de conservadores, allí los liberales no podían concurrir a la iglesia principal y cuando alguien moría era necesario solicitar la presencia del ejército para conducir el cadáver al cementerio, situado en zona conservadora; como puede apreciarse, la violencia fue un componente central del debate electoral en que las corporaciones públicas se disputaron con las armas, con la presión y coacción al electorado. La interiorización de la política y del conflicto se trasladó a la cotidianidad con la instrumentalización de lo simbólico, que se convirtió en mecanismo de control individual y territorial, asumido por la población como parte de la identidad y lealtad con el partido.

Finalmente, los resultados electorales en Boyacá favorecieron al conservatismo, este grupo político obtuvo 96 947 votos frente a 44 947 para la Asamblea; y para Cámara de Representantes 97 258, frente a 45 653 del liberalismo. A continuación se presenta una tabla con los datos electorales obtenidos en las capitales de Círculo Electoral en Boyacá.

Tabla 5. Resultados electorales en las capitales de Círculos Electorales, comicios del 5 de junio de 1949

Municipio	Elecciones 1947 Promedio		%		Elecciones Corporaciones 1949		%		Variación %
	L	C	L	C	L	C	L	C	
Boyacá	45321		43,2	56,7	37.460	93.098	28,7	71,3	14,6 C
Tunja	1996	1198	62,5	37,5	1229	2621	31,9	68,1	30,6 C
Moniquirá	1613	706	69,6	30,4	1801	813	68,9	31,1	0,7 C
Sogamoso	3003	41	98,7	1,3	4637	56	98,8	1,2	0,1 L
Ramiriquí	414	718	36,6	63,4	0	1856	0	100	36,6 C
Soatá	469	1948	19,4	80,5	25	3350	0,7	99,3	18,8 C
Santa Rosa	230	611	27,3	72,6	120	743	13,9	86,1	13,5 C
Garagoa	376	1055	26,3	73,7	194	1521	11,3	88,7	15 C
Guateque	871	275	76	24	1090	398	73,3	26,7	2,7 C
El Cocuy	1491	179	89,3	10,7	1874	218	89,6	10,4	0,3 L
Güicán	0	1492	0	100	2	2000	0,1	99,9	0,1 L
Chiquinquirá	1496	1620	48	52	3323	5485	37,7	62,3	10,3 C

Fuente: elaborado a partir de datos obtenidos de El Tiempo (6 de junio de 1949).

A pesar de la abstención y de la ola de violencia desatada en varias localidades, en Boyacá se obtuvieron 130 558. Estos comicios registraron una de las votaciones más altas, después de las elecciones presidenciales

de 1934 con 118 059. Y con relación a los comicios inmediatamente anteriores se produjo un incremento de 21 780 sufragios, equivalente al 16,7 %. En estos comicios el conservatismo logró las mayorías, incrementó el número de sufragios en Boyacá en 14,6 % aproximadamente en año y medio.

Según la muestra tomada, la mayoría de las poblaciones boyacenses intempestivamente transformó su filiación política a conservadora, incluyendo a Tunja, Chiquinquirá y Garagoa, que eran de mayoría liberal en 1947. En el siguiente mapa podemos apreciar el comportamiento del liberalismo en las poblaciones boyacenses, de acuerdo con los resultados electorales:

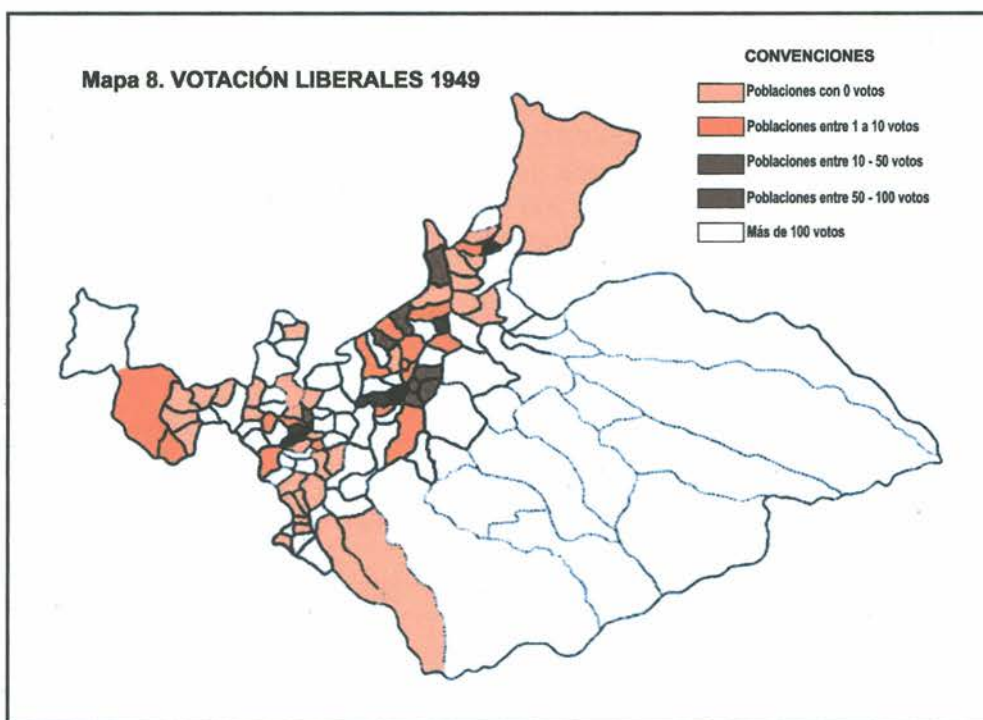


Figura 1. Mapa de votación liberal 1959

Fuente: elaborado a partir de los resultados electorales obtenidos en los comicios de 1949 (El Tiempo, 6 de junio de 1949).

El presidente Mariano Ospina Pérez efectuó estos comicios en un ambiente hostil, a pesar de las medidas tomadas por su Gobierno y del apoyo de la fuerza militar en 780 localidades con el fin de dar garantías, en estas elecciones primó la persecución. Debe tenerse en cuenta que 15 días antes del desarrollo de las elecciones se había producido la renuncia de los ministros liberales y que esto también generó rechazo tanto por los líderes como por los electores, además se incrementaron los hechos de

violencia en todo el territorio nacional, especialmente en Boyacá y los Santanderes.

Durante el desarrollo de los comicios se presentaron diversos hechos de violencia: Coper, policías y «bandoleros» recorrieron las calles de las localidades para intimidar liberales y evitar que sufragaran, otros fueron obligados a votar por el conservatismo para garantizar su vida y la de sus familiares, como resultado 230 votos conservadores y 3 liberales. En Motavita desde las primeras horas el conservatismo, armado de revólveres, machetes y garrotes comenzó a recorrer las calles, con el fin de perseguir a los liberales para evitar que acudieran a las urnas, de estos hechos resultaron varios heridos. En Pauna y el Territorio Vásquez, bandas armadas y policías dispararon armas de fuego y estallaron bombas de dinamita para intimidar al electorado. En Ramiriquí hubo un grupo de conservadores que se dedicó a disparar fusiles para evitar que el electorado liberal acudiera a las urnas. Igualmente en Ráquira se le impidió votar al liberalismo por la fuerza, muchos fueron agredidos y a otros se les arrebataron las cédulas. En Toca un grupo de policías y civiles dispararon en la entrada del parque para intimidar a los electores que se acercaran a ejercer su derecho.

En Tunja se produjo un ataque por policías uniformados, policías vestidos de civil y por «capitanes electorales» que vigilaban las mesas de votación; el liberalismo fue atacado y obligado a abandonar las mesas de votación, muchos de ellos fueron maltratados con manopla, puñal o palos. Posteriormente se produjo una manifestación conservadora y nuevamente se inició el apedreo a las casas de los liberales; un grupo de liberales fue acusado de atentar contra los monumentos del Puente de Boyacá y por esto recibieron fuertes castigos, fueron flagelados, apaleados y castigados sin comer, y posteriormente encarcelados. En Ventaquemada un grupo de conservadores evitó la entrada a los liberales, colocándose en las entradas del parque principal para impedir la emisión del sufragio, además apedrearon las casas de los liberales, dispararon armas de fuego y arrebataron las cédulas, dando como resultado 7 votos liberales frente a 1028 conservadores (anónimo, 1949, p. 100-114).

Durante el periodo poselectoral se afianzaron los hechos de violencia casi en todas las localidades, es decir, que el resultado de las elecciones no fue suficiente para acallar la ola de violencia, por el contrario, tal vez los resultados electorales afianzaron la noción de homogeneización partidista y el sentido de la persecución al adversario, como ocurrió en Chita, Garagoa, Mongua, Monguít, Moreno, Muzo, Nobsa, Nunchía, Chiquinquirá, Pauna, Socotá, Tunja y Zetaquira. Donde bandas armadas (policía chulavita) incursionaron en estas localidades para generar terror en la población

con disparos, apedreos, asesinatos, saqueos, incendios y boleteo, principalmente a los jefes liberales. En muchas ocasiones el papel del cura fue un incentivo para promover este tipo de atentados, ya que desde el púlpito hizo fuertes denuncias y críticas al liberalismo con el aforismo «matar liberales no es pecado».

Un hecho dramático se presentó en Sogamoso el 8 de junio (1949), allí el conservatismo y una cuadrilla se tomaron la población con disparos, bombas de dinamita y vivando al conservatismo y al Gobierno de Ospina Pérez, de esta toma armada resultaron dos muertos y varios heridos. Al respecto el periódico *El Siglo* señaló: en «Sogamoso, varios civiles agredieron a la policía y por lo tanto la policía reaccionó y fue muerto uno de los civiles atacantes» (9 de junio de 1948).

Sobre la situación de orden público, el conservatismo a través de *El Siglo* denunció ataque a los civiles y a la policía:

(...) se protesta contra las falsas informaciones de la prensa liberal. Se dice que no hay en este departamento una sola gota de sangre liberal derramada, por el contrario en Nunchía fue herido un agente de la policía en un ataque liberal contra las autoridades... - En Chiquinquirá herido un jefe conservador y su hijo. Tasco, herido el alcalde de filiación conservadora, el registrador sacó los presos y los motivó a herir al alcalde... - Sogamoso, varios civiles agredieron a la policía y por lo tanto la policía reaccionó y fue muerto uno de los civiles atacantes (9 de junio de 1949).

La situación que vivía la población boyacense era cada vez más tensa, aunque se nombraran alcaldes y gobernador militar o se declarara estado de sitio, la violencia en las veredas no desaparecía, esta situación se había convertido en una constante que se transformó de una acción electoral agitada y aguerrida a una acción política beligerante, pues no solamente se trataba de una rivalidad entre grupos políticos, sino del desarrollo de un tipo de violencia que involucró lo político y lo social, puesto que el sentido de la homogeneización generó una movilidad social (cambio de propiedades y riqueza), el desarrollo de la delincuencia común como parte de la cotidianidad y la organización de grupos de resistencia armada para hacer frente y atacar a los hostigadores.

Con esto resaltamos que el proceso de pacificación obedeció también a la movilización del conflicto, puesto que al huir los liberales a áreas desoladas, pudieron tener el control sobre ciertas regiones y consolidar allí grupos de resistencia un poco aislados del área urbana, pero concentrados en ciertas zonas donde la presencia del Estado era mínima.